

¿CÓMO ANUNCIAR LA EXPERIENCIA CRISTIANA A LA JUVENTUD ACTUAL?

La problemática que plantea a la educación y la pastoral la juventud actual es muy distinta y mucho más compleja que la de tiempos pasados. El artículo que presentamos —condensado— a continuación se ocupa de dicha problemática. A. Jiménez Ortiz ha publicado otros dos artículos previos en los que ha abordado los aspectos psicológicos y sociológicos del tema (La comunicación de la fe y el perfil humano de los jóvenes de los noventa, Proyección 43 (1996) 134-152; Los interrogantes que plantea la religiosidad juvenil, Proyección 43 (1996) 186-202). De ellos resumiremos lo que es de mayor interés para el tema que nos ocupa. Aunque el artículo parte del análisis de la situación en España, lo que en él se dice es, con sus más y sus menos, aplicable a otros contextos.

¿Cómo anunciar la experiencia cristiana a los jóvenes de hoy?, Proyección 44 (1997) 49-66.

Las estructuras sociales tradicionales —familia y escuela— que garantizaban en España la transmisión de la fe, no desempeñan hoy la función que antaño ejercieron en la socialización religiosa de las nuevas generaciones. La socialización cultural y la religiosa no coinciden hoy e incluso llegan a entrar en conflicto. La sociedad española ya no se siente concernida por la tarea de anunciar los contenidos de la fe y moral cristiana.

Esta situación nos ha obligado a reconocer que la transmisión de la fe no constituye una simple información o un adoctrinamiento. Durante siglos la fe se ha transmitido como un mero proceso de «enseñanza de doctrina». Todo consistía en asimilar teóricamente la doctrina expuesta y

cumplir voluntariosamente las normas establecidas. Hoy ese modelo de comunicación de la fe ya no funciona. Porque no tiene en cuenta la realidad compleja de la fe como experiencia vital del encuentro con Jesús de Nazaret, el Señor.

¿Puede esta experiencia de encuentro transmitirse? ¿No habría que hablar más bien de mediación de la experiencia cristiana? Al conocimiento personal de los contenidos de la fe habría que añadir la preparación del sujeto para acoger consciente y libremente la presencia de Dios en su vida. La mediación de la experiencia cristiana resulta así un proceso mucho más complejo que la mera transmisión de unos contenidos.

La fe consiste en entregarse

confiadamente al Tú de Dios. Es un encuentro personal que compromete todo nuestro ser y en el que aceptamos la palabra que Dios nos dirige. Por esto la fe tiene también un contenido. En la experiencia cristiana el acto personal de fe y la aceptación vital de su contenido están mutuamente imbricados.

En la historia de Abrahán aprendemos qué significa creer: entregarse incondicionalmente a Dios, ponerse en sus manos. Pese a que los cálculos humanos están en contra, Abrahán obedece fielmente: la palabra de Dios tiene para él más fuerza que todo lo demás. Creer significa, pues, fundarse en Dios y entregarse a su misterio.

¿Dónde radica lo decisivo de la experiencia cristiana? En la fe en la persona de Jesucristo como fundamento de la propia existencia. La expresión «seguimiento de Jesús» manifiesta el sentido último de la fe cristiana. Ese seguimiento no es una mera actitud existencial ni un simple compromiso de vida. Es seguimiento de Alguien. La fe como contenido es esencialmente la historia de Jesús como punto culminante de la historia de la salvación, interpretada y transmitida por la Iglesia a lo largo de los siglos.

El elemento doctrinal de la fe fue surgiendo en un proceso necesario por la confrontación de la experiencia cristiana con otras tendencias culturales y religiosas. La doctrina es consecuencia de la relación entre el contenido de la fe y la inteligencia del creyente. Pero no debe suplantar otros lenguajes de la fe, como el de la narración y la alabanza.

La aceptación de una doctrina ha de hacerse desde la experiencia vital de la fe, como entrega a Dios Padre, revelado en Jesucristo por mediación de la Iglesia. Ella debe mantener la revelación cristiana en su integridad. Pero no la trasmite como una fórmula muerta, sino como una palabra viva que ilumina cada momento histórico. Y por esto ha de tender un puente entre la revelación y cada generación cristiana. No basta, pues, con repetir las palabras de siempre. Es preciso traducirlas, hacerlas inteligibles al ser humano concreto de cada tiempo. El anuncio de la fe es una tarea insoslayable de la Iglesia, que brota de su mismo ser como sacramento universal de salvación. Por tanto, el proceso de comunicación de la fe remite siempre a la comunidad eclesial como condición ineludible de su posibilidad.

I. PERFIL HUMANO DE LA ACTUAL GENERACIÓN DE JÓVENES

El anuncio de la fe no se realiza en el vacío. Se vive la propia opción religiosa en un contexto sociocultural concreto. Por esto, con fidelidad a la revelación de

Dios en la historia, el mensaje evangélico debe ser presentado de forma que sea comprendido por los/las jóvenes de hoy. Para ello resulta imprescindible cono-

cer sus valores, sus inquietudes, sus demandas. ¿Cuál es el perfil humano de los/las jóvenes en la España de los noventa?

Hay que partir de una evidencia que no siempre se tiene en cuenta: no existe un mundo de los jóvenes. A éstos no se les puede entender si no es en el seno de la sociedad en que viven. La juventud actual condensa y refleja los problemas y conflictos de una sociedad compleja. Esta complejidad es sentida por los adultos como una amenaza que se cierne sobre sus convicciones. Y es que la realidad se ha hecho incommensurable. Se busca ansiosamente una fórmula de unificación que haga más soportable el enorme peso de la complejidad. Pero lo real se resiste. Y siembra la vida cotidiana de tensiones e interrogantes.

Es en el seno de esa sociedad compleja donde están creciendo los jóvenes, enfrentándose a una de las consecuencias que más condicionan la comunicación de la fe: la relativización de los sistemas de significado, elaborados colectivamente y transmitidos en los procesos de socialización. Esta relativización implica la crisis generalizada de las instituciones que han sostenido durante décadas la socialización de los individuos. Se cuestionan los contenidos que hay que transmitir, los métodos utilizados, las metas propuestas tradicionalmente.

El pensamiento postmoderno ha intentado elaborar intelectualmente esta situación, centrándose en la crítica de la modernidad ilustrada y de sus sueños fallidos,

y elevando al nivel de categorías interpretativas de la realidad social la desconfianza ante la razón y los grandes relatos, la fragmentación, el relativismo y el desencanto frente a las utopías malogradas. La actual generación de jóvenes está marcada también por los valores postmodernos.

En este contexto de una sociedad compleja y problemática, en la que prevalecen los valores de la postmodernidad ¿cuáles son los trazos que configuran el perfil de la actual generación de jóvenes?

1. *Valoración de lo personal y lo concreto.* Los/las jóvenes de hoy son sorprendentemente realistas. En su vertiente positiva, este realismo les conduce hacia una valoración significativa de lo personal y concreto frente a lo institucional y abstracto. Como contrapartida, gran parte de los jóvenes han renunciado a la utopía de transformar el mundo y son partidarios de un reformismo sensato y posibilista. Por esto prestan escasa atención a los programas políticos que aboguen por soluciones revolucionarias para los problemas sociales. Canalizan las energías reivindicativas propias de la edad hacia objetivos personales y del pequeño grupo.

En la medida en que se identifican más con valores humanísticos, como «paz» o «ecología», que con valores políticos, como «patria» o «partido», los movimientos sociales tienen aceptación entre los jóvenes. Los problemas sociales que más les preocupan son los que más directamente les afectan, como el paro y

la droga. En el ámbito del asociacionismo predominan las asociaciones deportivas, lúdicas y/o culturales sobre las de carácter reivindicativo o de influjo social.

La valoración de lo personal se descubre en la actitud de los/ las jóvenes frente a las instituciones: las instituciones que les inspiran más confianza son las que están basadas en las relaciones interpersonales. Las instituciones clásicas —parlamento, sindicatos, prensa, Iglesia, etc.— gozan de un nivel medio de aceptación entre ellos. Con la particularidad de que el grado de aceptación aumenta a medida que se les hace patente su dimensión democrática y su cercanía a la vida cotidiana.

Así, pese a lo que después diremos, la familia es hoy una de las instituciones más ampliamente aceptadas, como un lugar de encuentro con personas de las que uno se puede fiar. Diríase que entre padres e hijos se ha hecho una especie de pacto mutuo de convivencia. La otra «institución» basada en las relaciones interpersonales, en la que los/ las jóvenes depositan su confianza, es el «grupo de amigos». Estas dos «instituciones», que los sociólogos incluyen entre los «grupos primarios», son los lugares donde los/ las jóvenes encuentran los marcos de referencia que dan significado a sus conductas en la vida cotidiana.

2. *Aceptación del pluralismo y actitud tolerante.* Los/ las jóvenes de los noventa aceptan sinceramente el pluralismo ideológico y social. Sin olvidar algunos brotes aislados de intolerancia y xenofobia,

los/ las jóvenes están abiertos a lo original y distinto. Son sensibles a la legitimidad y riqueza de las diversas culturas. No se escandalizan ante las diferentes escalas de valores y aceptan con naturalidad las discrepancias. Se ven a sí mismos más libres y más tolerantes que otras generaciones anteriores.

El grado de tolerancia social hacia colectivos marginales es marcadamente alto entre la juventud, reacia a aceptar los prejuicios tradicionales sobre determinados grupos. Pero en España podrán despertarse entre los/ las jóvenes sentimientos racistas, si su acceso al mundo del trabajo sigue siendo difícil y aumenta el flujo de inmigrantes.

3. *Alto aprecio de la amistad.* La amistad es muy cotizada entre los/ las jóvenes. Pasar ratos de ocio con los amigos y/o amigas es la actividad más frecuente entre ellos y ellas. Frente a problemas de relativa importancia el/ la joven acude a los amigos y/o amigas. El hecho de tener una red de amigos y/o amigas bastante amplia influye favorablemente en su estabilidad emocional e integración social.

Los amigos son equiparados prácticamente a la familia y configuran con ella el marco primario de referencia en su vida cotidiana. Aun en el supuesto de esa equiparación, como «grupos primarios» que son, existe hoy una gran diferencia entre la familia y el «grupo de amigos». En los años sesenta la vida estaba más volcada en la familia, que emergía como el referente de la identidad

de procedencia y el marco donde se trazaban los proyectos personales más importantes. Pero, a finales de los años setenta, tras los cambios acelerados de la transición cultural y política, los antiguos mensajes de la familia pierden credibilidad. En el proceso de socialización de adolescentes y jóvenes la familia cede su protagonismo a favor del «grupo de amigos»: los/las jóvenes se socializan entre sí. El papel de los amigos y/o amigas y la ritualización de la imitación se convierten en las claves de la nueva socialización juvenil.

Respecto a la relación personal en sí misma se constatan dos tendencias aparentemente divergentes: por un lado, se buscan relaciones que no generen compromisos serios y, por otro, hay un deseo profundo de fidelidad, que es valorada como el factor más importante para el éxito de una relación de pareja.

4. *Sentido lúdico y festivo.* En la sociedad actual el ocio es considerado como un tiempo central y no sólo posterior al tiempo de trabajo. Ha adquirido el carácter de un derecho cívico que lo constituye como el núcleo fundamental de una cultura de la felicidad y del placer.

Los/las jóvenes de los noventa han asimilado perfectamente valores que sostienen la actual relevancia del ocio, como el gozo de vivir, el sentido del humor y la exaltación de la fiesta. «La cultura joven podría ser básicamente descrita como cultura del ocio y del tiempo libre» (M. Navarro).

El dinero no provoca dema-

siado interés entre los/las jóvenes. Hay otras cosas —trabajo, familia— más importantes comparativamente. El dinero tiene un carácter instrumental y funcional. Así, se constata la tendencia a reducir las aspiraciones económicas, para poder disponer de tiempo libre del que poder disfrutar.

Para el/la joven el tiempo cronológico se ha fracturado totalmente: el tiempo de estudio o trabajo, sujeto a normas y rutinario, frente al tiempo de la fiesta, que es vivido como un tiempo libre de toda coacción y norma. Y esa fiesta tiene lugar fuera del hogar, con el grupo de amigos. La familia desaparece en ese tiempo. Con el agravante de que justamente de la fiesta y de la diversión es de lo que más discuten padres e hijos. Los/las jóvenes se sienten a gusto en casa. Pero es con sus amigos y/o amigas con los que verdaderamente disfrutan.

5. *Disposición a la solidaridad.* En los últimos años se ha detectado un aumento sensible en la disposición a la solidaridad, que se concreta en el compromiso, numéricamente minoritario (sobre un 12%), pero significativo, con los nuevos movimientos sociales. Éstos gozan de un amplio favor entre el público joven. Pero este entusiasmo puede tener los pies de barro: en estos nuevos movimientos sociales uno no tiene por qué afiliarse y puede dejarlos cuando quiera. En ellos no hay militancias estrictas ni obligaciones regulares. No todos esos movimientos provocan el mismo entusiasmo. En general, tienen

una mayor aceptación los que representan una llamada a la solidaridad.

En su actitud ambigua de simpatía, pero de escaso compromiso, acaso intuyan los/las jóvenes que la viabilidad de su futuro y la calidad de su vida dependen de los grandes objetivos de los nuevos movimientos sociales: la supervivencia en un mundo habitable y la reconstrucción de los vínculos sociales sobre fundamentos de igualdad, libertad y solidaridad. No resulta difícil imaginar que la mayoría de los/las jóvenes conecten con las metas de estos movimientos. Lo que realísticamente no se puede esperar es un compromiso masivo con ellos. El hecho de que, estadísticamente hablando, la proporción de jóvenes que participan sea escaso es una evidencia. Pero hay que añadir que siempre ha sido así.

6. *Falta de identidad e inseguridad personal.* En las sociedades occidentales el individuo se siente perdido en el anonimato. La desarticulación de las escalas tradicionales de valores, el desarraigo cultural y afectivo por el distanciamiento de las comunidades —familia, tradición cultural, Iglesias, etc.—, que ofrecían una referencia inmediata a los individuos, impiden un adecuado proceso de identificación.

El déficit de identidad personal es enormemente grave en el mundo juvenil. De ahí que se busque una «identidad prestada» en grupos de tiempo libre o de carácter religioso, en tribus urbanas, en grupos violentos de ideologías extremistas, en sectas, que

acogen a jóvenes sin una identidad lograda, dándoles un apoyo colectivo que llene el vacío psicológico.

Esta falta de identidad acaso explique la obsesión por la imagen: una fachada atractiva camufla la debilidad de la estructura. Chicas y chicos invierten cantidades muy notables en ropa y calzado. Las prioridades en la adquisición de bienes tienen una explicación lógica. La ropa, de la que dependería la aceptación por parte de sus compañeros, y la moto, que posibilita la movilidad, son objetivamente más importantes que el libro, el teatro o el cine, porque satisfacen la necesidad social más importante de todas: la pertenencia al grupo.

Los/las jóvenes padecen una aguda fragmentación interna, sin una columna vertebral que sostenga a la persona. La desestructuración interna genera inseguridad personal y, con frecuencia, una baja autoestima. La clave está en encontrar un nido afectivo que sirva de cobijo a una personalidad altamente fragmentada. Lo decisivo es la atmósfera de acogida y el calor humano. El contenido de la comunicación es totalmente secundario.

7. *Desinterés por la política.* Al ideal ilustrado de autonomía le sucede hoy la virtud psicologista de la autosuficiencia, más acorde con la fragmentación del orden social y con la concepción de la libertad como experiencia propia de un universo moral en el que todo vale porque todo da lo mismo. Nuestros jóvenes han ido creciendo sin la referencia y el

apoyo de horizontes globales éticos e ideológicos que les orienten en su búsqueda de sentido y de compromiso.

Ya no hablan de revolución. Se consideran mayoritariamente como reformistas y su realismo les lleva a acomodarse a lo que hay y a procurarse un hueco social y económico. Frente a lo público y colectivo reaccionan con una actitud individualista, pragmática y desapasionada. Se identifican con la idea de libertad y la prefieren a la de igualdad social. No cuestionan la democracia, que les satisface como modelo de convivencia. Rechazan las formas violentas de reivindicación política y valoran significativamente la idea de orden.

El interés por la política ha descendido de forma espectacular en los últimos años. Los temas políticos no forman parte de las conversaciones habituales de los/jóvenes. Su actitud hacia las formas institucionalizadas de política es poco favorable. Pero conviene subrayar que este desinterés no es privativo de la juventud, sino que afecta a amplios sectores de la ciudadanía.

8. *Ansia de vivir el momento presente.* La sociedad contemporánea no ha logrado articular marcos de referencia en los que se sitúe el individuo. En ella se vive con el presupuesto inconsciente de que no existe un sentido histórico último. Por esto sólo queda vivir en el presente, evitando así el peso del pasado y la angustia que provoca el futuro. En los/jóvenes de los noventa ha calado este mensaje: lo decisivo es

vivir aquí y ahora.

El futuro es vivenciado por los/las jóvenes como una auténtica amenaza. En su lenguaje cotidiano se pueden rastrear la perplejidad y la inseguridad que les provoca el futuro: «no sé», «ya veremos», «depende». Por eso aceptan, sin más, su actual situación de dependencia económica y social, generalmente de forma pasiva, como respuesta instintiva a los desafíos de un futuro incierto.

La dolorosa discrepancia entre el deseo de independencia y los límites reales de la misma acaso sea una de las razones más poderosas por las que esta generación de jóvenes ha instituido su radicación casi exclusiva en el presente. En esta nueva temporalidad el deseo de vivir al día ha suplantado la planificación del proyecto a largo plazo. Asumir un proyecto supondría salirse del nicho juvenil y, fuera de ese espacio de jóvenes y de ese tiempo descomprometido, sólo cabría esperar la pérdida del atractivo, la llave mágica que abre su mundo de relaciones, donde los amigos y/o amigas ofrecen una de las pocas seguridades con las que cuentan en su vida.

9. *Actitud relativista y sentido de provisionalidad.* Sólo a la luz de los valores dominantes en la sociedad de los adultos pueden ser interpretados los/las jóvenes en sus actitudes y prioridades. Por tanto, si el relativismo es una característica de la sociedad, ellos y ellas deben aprender a moverse en él con soltura. Esto provoca la formación de identidades giratorias que les permitan descubrir

dónde están los demás y por dónde pueden ir ellos.

En una sociedad sin criterios absolutos, los/las jóvenes interiorizan con facilidad la necesidad del *contrato temporal* en todo: no sólo en la economía, sino también en la amistad y en el amor («Hoy te querré toda la vida»), en los compromisos profesionales, políticos o sociales. Así, el/la joven no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas. Sus opiniones y sus opciones son susceptibles de cambios rápidos. Su pretensión es poderse resituar cuantas veces sea necesario en un escenario social siempre cambiante, en el que predomina lo provisional sobre lo estable. La pauta a seguir es el *por aquí* y el *por ahora*, como línea de actuación más realista y eficaz.

Esto genera en los/las jóvenes de hoy un acusado pragmatismo, orientado hacia lo útil en cada instante, que les lleva incluso a la construcción de sus propios universos éticos, dotados de una gran labilidad y de escasa consistencia. Todo esto conduce a formar personalidades sin convicciones sólidas, sin certezas asimiladas vitalmente, que no se sienten capaces de opciones definitivas que comprometan para siempre.

10. *Inclinación al hedonismo y vulnerabilidad psicológica.* Si en la sociedad prima la ética de la diversión sobre la del esfuerzo, la búsqueda del propio interés sobre la responsabilidad pública, la crítica sobre la reflexión, la exaltación del tiempo libre frente al compromiso laboral, entonces no es de extrañar que los/las jóvenes orienten sus energías hacia la

fruición y el placer. La gratificación inmediata, que reduce el horizonte valorativo a lo que ahora se está gozando o viviendo, sería la única actitud sana.

En un porcentaje significativo (50%), los/las jóvenes de los noventa se consideran a sí mismos como consumistas. Viven atrapados en esta tendencia presente en toda la sociedad y marcados por sus consecuencias. Si los padres piensan que sus hijos deben tener lo que ellos no pudieron disfrutar en su juventud, esos adolescentes y jóvenes percibirán el consumismo como algo ajeno al trabajo y al esfuerzo. No se trata de una recompensa por lo que hacen. Es un derecho que se ha de ejercer gastando todo lo posible. Este afán consumista puede operar como elemento compensatorio de sentimientos de inferioridad, de soledad o de fracaso.

Habiendo crecido con el hábito de la gratificación inmediata, los/las jóvenes han de digerir grandes dosis de frustración y de ansiedad. Han vivido muy protegidos en la infancia y en la adolescencia y sienten cómo la incertidumbre ante el futuro se cierne sobre su horizonte existencial. Adolecen de poca capacidad para soportar el sufrimiento y la renuncia. Su escasa consistencia psicológica los hace enormemente vulnerables.

La búsqueda de la gratificación inmediata condiciona la solidez de todo compromiso: sólo se mantiene si resulta agradable para el sujeto, porque se vive en la creencia de que un comprome-

so importante en la vida debe ser en todo momento gratificante. No resulta comprensible una opción que deba mantenerse con el esfuerzo ascético.

Para la actual generación de jóvenes, la noche se ha convertido en su símbolo por excelencia: es el tiempo «sin tiempo», sin reloj y sin horario, es el espacio de la libertad sin disciplina y sin exigencias externas, es el lugar de la ambigüedad y de la seducción, de las emociones y de la fragilidad, del placer y de la vulnerabilidad.

En resumen, podemos decir que nuestros jóvenes —ellos y ellas— se ven sometidos al riesgo de la formación de identidades fragmentadas, vulnerables, acomodaticias y consumistas. Pero también hay que reconocer que están hoy más capacitados para las relaciones personales y más liberados de prejuicios sexistas. Son más tolerantes y más espontáneos, están mejor informados y tienen un mayor nivel de educación, son más realistas y pragmáticos y poseen una actitud más equilibrada frente a las diversas polarizaciones que suelen aparecer en la vida personal y social.

En el *aspecto religioso*, la gran mayoría de los/las jóvenes son sensibles a lo trascendente, creen en el Dios de la fe cristiana, a

quien rezan, sobre todo de forma individual en momentos especialmente significativos para ellos/ellas, mientras desciende paulatinamente la práctica religiosa institucionalizada. No se puede hablar de irreligiosidad de los jóvenes, pero sí de graves deficiencias en la coherencia interna de sus contenidos doctrinales y en su vinculación eclesial.

En la configuración de su experiencia religiosa un gran número de nuestros jóvenes —ellos y ellas— prescinden o están al margen de las iniciativas educativas de la Iglesia. Ésta ha visto disminuir aceleradamente su papel como instancia orientadora. En la vida cotidiana los/las jóvenes buscan respuestas a sus demandas existenciales de sentido y seguridad y tienen la impresión de que la Iglesia no responde a sus necesidades más acuciantes. Corremos el riesgo de que la generación actual de jóvenes, que asume mayoritariamente el valor religioso y que, por historia y sensibilidad, se siente vinculada a la fe cristiana, viva en gran parte al margen del influjo y de la vida comunitaria de la Iglesia, con el peligro de desembocar en una religiosidad difusa, descomprometida, y, en algunos casos, de tintes irracionales.

II. EL ANUNCIO DE LA FE A LOS/LAS JÓVENES DE HOY

Si el objetivo del anuncio de la fe fuera sólo la transmisión de las verdades que hay que creer, las normas que hay que seguir y los sacramentos que hay que recibir,

bastaría con enseñar el catecismo. Pero, si la meta es posibilitar el acceso consciente y libre a la experiencia cristiana, entonces la clave del anuncio evangélico radi-

ca en el encuentro con el Dios viviente revelado en Jesucristo.

Si aceptamos que la experiencia cristiana es una experiencia de vida en el espíritu, la comunicación de la fe debe orientarse a facilitar ese encuentro. Naturalmente no pueden faltar la reflexión y la transmisión de contenidos. Pero esto ha de hacerse siempre a partir del encuentro, en el que se hace viable la asimilación de la fe como el valor central de la persona.

El acompañamiento personal

¿Quieren realmente los/las jóvenes ser acompañados por un adulto creyente? ¿Pueden los adultos acompañar desde la fe a los/las adolescentes y jóvenes de hoy? Las respuestas a estas preguntas no resultan fáciles. Sin embargo, en el ambiente juvenil se constata un clima más propicio para el acompañamiento personal que hace unos años. La situación actual está provocando en los/las jóvenes una búsqueda constante de apoyos emocionales que den consistencia a sus personalidades fragmentarias. Ansían respuestas, buscan guías, gente con experiencia, que abran caminos y brinden seguridad.

El/la joven de hoy valora mucho la amistad, pero sus relaciones son superficiales y poco comprometidas. Desea comunicarse, pero es a menudo indiferente a los contenidos de la comunicación. Aspira a sentirse acogido incondicionalmente, y al mismo tiempo no se ve capaz de ofrecer

fidelidad. Quiere ser escuchado, pero no parece estar disponible para escuchar. Siente un anhelo profundo de sentido y, sin embargo, parece relativizar todas las ofertas. Ha sido mimado en su infancia y hoy se ve huérfano, sin ideologías que lo arrojen, sin pasado y sin futuro, sin padres.

Ante el vacío de socialización que el/la joven padece ¿no podemos ofrecerle una mano amiga, una compañía constante? Ésta es la propuesta. Pero ¿sabrán los adultos de ideas claras y principios firmes, de personalidades consistentes e identidades fuertes acoger al joven de la fragmentación interior, de la vulnerabilidad y de la falta de identidad? ¿Podrán asumir actitudes de acompañantes y corazón de compañeros? Este es el desafío.

Podríamos describir el acompañamiento personal como un camino en el que el/la joven, según su ritmo y con el apoyo incondicional del acompañante, va alcanzando las etapas de su madurez humana, de la personalización de la fe, del compromiso y de la opción vocacional. El fin del acompañamiento es la gestación de una persona que se sienta poseída y guiada por el Espíritu de Jesús, mediante la asimilación de los criterios evangélicos.

El acompañamiento ha de llevarse a cabo en un marco comunitario. No puede realizarse sin el apoyo del grupo de fe y sin la referencia a la comunidad a la que pertenece el agente de pastoral que actúa como acompañante. Para el/la joven el grupo resulta indispensable. El grupo de fe es

necesario además, porque evita el subjetivismo de la experiencia religiosa y consolida la pertenencia eclesial. Acompañamiento personal y grupo de fe están mutuamente imbricados. Ambos contribuyen al objetivo de personalizar y madurar la experiencia cristiana del joven.

1. *El acompañante como testigo de la fe e instrumento del Espíritu.* Si la fe cristiana no es simplemente una lista de verdades ni un código de leyes, si es una experiencia de vida y un don de Dios hay que concluir que el auténtico protagonista de la comunicación de la fe es el Espíritu Santo. Su presencia misteriosa se hará convicción personal en el proceso de maduración de la fe cristiana. «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24,32). Ese fuego que arde en el corazón ya antes de la explicación consciente de la experiencia cristiana es el Espíritu. Por tanto, todo el que quiera comunicar la fe ha de sentirse instrumento libre y dócil de la acción del Espíritu.

El compromiso de anunciar la fe ha de contar con un conjunto de actitudes que hoy resultan imprescindibles. Ante todo, el acompañante ha de tener *conciencia de misión*: por su bautismo ha de sentirse llamado a transmitir la fe. Y, si los destinatarios del mensaje evangélico son jóvenes, hoy más que nunca esa conciencia de misión entraña una *actitud de búsqueda*: hay que salir al encuentro del joven, caminar con él para conocer sus inquietudes y problemas. Para esto es necesario un

conocimiento real de la condición juvenil y una gran sensibilidad que abra al misterio del ser humano, a sus sufrimientos y esperanzas.

También resulta indispensable una *actitud de comprensión*, que implica cercanía afectiva, capacidad de discernimiento y empatía. Hoy más que nunca la comunicación de la fe necesita una auténtica *actitud de diálogo*, sin el que no es posible crear el espacio adecuado para el encuentro libre con la fe. Los/las jóvenes no aceptan ni el autoritarismo ni la imposición. Pero se abren a la persona que posee autoridad moral. El testimonio de vida del que anuncia la fe ha de estar acompañado por una competencia en los temas de la fe y una sintonía de lenguaje con los/las jóvenes.

¿Cómo ha de comunicarse la fe en el proceso de acompañamiento? Como centro de la vida, como fuente de todo amor y de toda esperanza. Esto obliga al acompañante a preguntarse qué lugar ocupa la fe en su vida. El anuncio de la fe lleva, pues, a una *actitud de conversión*. No se puede transmitir la fe como se transmite un dato. Pese a sus propias dificultades e incoherencias, el acompañante ha de partir de una convicción vital que ilumina su existencia. Es un confesor de la fe, testigo de la presencia del Espíritu de Jesús en la historia. Para acompañar a un joven en la aventura de la fe, además de una considerable madurez humana, hay que tener una profunda vida de oración y hay que ser capaz de entablar una relación interpersonal.

Carl Rogers señala tres actitudes básicas del orientador o psicoterapeuta que son aplicables a nuestro caso: la congruencia, la aceptación incondicional y la empatía. El adulto que acompaña al joven en su camino de fe debe ser una persona coherente, auténtica, transparente, es decir, alguien que esté de acuerdo consigo mismo, que sea capaz de captar los sentimientos y vivencias que le están afectando en la relación, que no esté en desacuerdo entre lo que está viviendo a nivel profundo y lo que está diciendo. La comprensión empática le ayudará a discernir los sentimientos que experimenta el joven y a captar su mundo experiencial. Y, si se quiere hacer viable el acceso al encuentro con el joven inseguro y vulnerable de nuestros días, el acompañante ha de adoptar una actitud de acogida incondicional.

2. *Aceptación incondicional.* Los jóvenes son muy sensibles al reconocimiento personal. Valoran sobre todo a la persona frente a los principios e instituciones. No es, pues, extraño que exijan para sí respeto, ser escuchados y acogidos.

Cualquier iniciativa pastoral debe partir de la aceptación incondicional del joven. Si queremos crear el clima de confianza imprescindible para el acompañamiento personal importa que el acompañante conozca su historia, sus inquietudes, sus expectativas. Esto supone el conocimiento de las corrientes culturales y sociales que están configurando el perfil de la actual generación de jóvenes.

En su fragilidad y vulnerabilidad, el/la joven ha de vivir en el ámbito del anuncio de la fe la experiencia de aceptación y acogida que sintieron Mateo (Mt 9,9-12) y Zaqueo (Lc 19,1-10), de parte de Jesús. Si queremos favorecer su apertura a la fe, debemos suscitar en él/ella el contexto experiencial humano que haga posible la escucha del mensaje evangélico. Y a este contexto experiencial pertenece la asunción de su biografía, de su persona concreta y limitada, que busca un sentido a su vida y una respuesta a sus demandas.

La acogida incondicional resulta ineludible para hacer posible ese espacio interior de libertad y responsabilidad, de inquietud y búsqueda en el que el/la joven pueda abrir su corazón a la presencia del misterio de Dios. Sólo así es posible hacer surgir la actitud de escucha y la disposición a un compromiso responsable. Pero esto no significa quedar apresados en un subjetivismo que mutile la realidad ni olvidar la imprescindible dimensión comunitaria y social de la fe. La Palabra, que expresa la experiencia cristiana en el encuentro personal, nos descubre que siempre somos dueños de un entorno de sentido compartido y de una comunidad eclesial, que es, en definitiva, el verdadero sujeto de la fe.

3. *La relación interpersonal y el modelo de diálogo.* El acompañamiento personal sólo se puede entender como una relación interpersonal en la que el/la joven, sintiéndose acogido incondicionalmente, se abre con libertad y

responsabilidad a la experiencia del amor de Dios en su historia. El aspecto psicológico de la relación es importante, pero no lo esencial. Acompañante y acompañado han de ser conscientes de que se trata de un encuentro en la fe, en el que el auténtico protagonista es el Espíritu.

El acompañamiento no es una mera relación de amistad. Se dan en él actitudes y compromisos propios de esa relación. Pero le falta algo esencial: la igualdad, la reciprocidad en la afectividad y en la comunicación. Además el acompañamiento tiene, por naturaleza, un punto y final. En cambio, la amistad tiende a perpetuarse.

El acompañamiento tampoco puede identificarse con una terapia psicológica. Por esto la aportación de la «terapia centrada en el cliente» de Carl Rogers ha sido ciertamente estimulante en el ámbito del acompañamiento, pero tiene sus límites de los que hay que ser conscientes.

La aplicación del pensamiento de Carl Rogers al campo de la pastoral ha planteado interrogantes de calado sobre su concepto inmanentista de los valores, sobre el círculo cerrado en el que se mueve la autorrealización, sobre su concepción optimista de la naturaleza humana y sobre la ausencia de un plan concreto de acción.

Preguntado en cierta ocasión sobre la viabilidad de su propuesta terapéutica para la pastoral, reconoció Rogers que su método terapéutico no resultaría práctico para la pastoral, pero que las actitudes del terapeuta sí deberían aplicarse. Pero ni siquiera és-

tas nos parecen aplicables, tal como él las propone. Ni la congruencia total ni la acogida totalmente incondicional son posibles.

Por otro lado, las terapias de acción han demostrado las deficiencias de las terapias del *insight* (intuición), que creen cumplida su misión cuando la persona ha incluido en profundidad su problema y no ven la necesidad de elaborar programas de acción para la modificación de la conducta.

Con su modelo terapéutico, Robert R. Carkhuff pretende tender un puente entre las terapias del *insight* (Rogers) y las de acción (conductismo), que sólo se preocupan de *cómo* se modifica una conducta disfuncional, dejando de lado el *porqué*. Carkhuff propone un modelo ecléctico en el que se intenta establecer una relación de ayuda que haga consciente a la persona de los «déficits» de su conducta, pero en el que se utilizan medios de las terapias de acción para definir las metas a alcanzar y los programas sistemáticos para conseguirlas.

El método de diálogo de Carkhuff parece muy apropiado para desarrollar la relación personal típica del acompañamiento personal. Sus cuatro puntos clave son: 1) Acoger: prestar atención a la persona. 2) Responder: estimular el proceso de autoconciencia de la persona con intervenciones adecuadas. 3) Personalizar: poner a la persona frente a sus propias responsabilidades respecto a la situación objeto del diálogo. 4) Iniciar: definir la meta, programar y verificar un plan de trabajo, con

el apoyo del acompañante.

La relación personal es imprescindible en el acompañamiento en la fe. Utilizar uno u otro modelo de diálogo es cuestión de experiencia. Lo decisivo para el agente de pastoral será tener las actitudes humanas imprescindibles para esa relación, evaluarse a sí mismo y evaluar la situación del acompañado no sólo desde parámetros técnicos, sino sobre todo desde su compromiso de fe.

Una última palabra sobre algo fundamental para la relación personal, que a menudo se da por descontado y que, sin embargo, no resulta nada fácil: saber escuchar. Escuchar implica hacerse cercano y vulnerable a la persona que nos habla y a los problemas que le preocupan. Escuchar no es simplemente oír ni meramente entender las palabras. No es sólo cuestión de buena voluntad. Se trata de una destreza compleja que exige dedicación y entrenamiento para ser dominada.

La escucha entraña sintonizar con el núcleo más personal e íntimo de la persona que se comunica. Además de las palabras, hay que saber escuchar los mensajes ocultos que se esconden detrás del lenguaje. Sólo así se puede captar el mundo emocional del comunicante, sus referencias y especialmente las demandas últimas que el sujeto plantea al acompañante. Podríamos definir la escucha como la técnica de acoger a la persona que nos habla y decodificar adecuadamente su lenguaje verbal y no verbal a fin de comprender todo el conteni-

do de su mensaje.

4. *Acompañar desde la vida.* Hay que acompañar desde la vida diaria. Es mérito de la postmodernidad el haber redescubierto el sentido y el valor de la cotidianidad. Es en ella donde se juega el destino del hombre.

Por tanto, el acompañamiento no debe enfocarse como un compartimiento estanco, sino como una relación interpersonal que se desarrolla en la existencia concreta de cada día. Es ahí donde el agente de pastoral debe iniciar al joven en el discernimiento espiritual: discernir la presencia de Dios en su vida, discernir sus propias motivaciones y deseos, a fin de que su persona y su historia se desarrollen a la luz del designio amoroso de Dios. Para esto importa lograr que surja en lo más hondo del corazón del joven el hambre de aquella oración personal que crea la atmósfera adecuada, la disponibilidad necesaria, para seguir las mociones del Espíritu.

Los/las jóvenes de hoy participan con gusto en las celebraciones comunitarias, si están configuradas con símbolos y elementos psicológicos y estéticos que favorezcan la emoción religiosa y la sensación de sentirse acogidos y apoyados.

No hay que despreciar esa sensibilidad juvenil, que brota de una exigencia humana. Pero conviene tener presente su gran ambigüedad. De ahí la necesidad de conducir al joven, de forma progresiva, a la experiencia de la oración personal que, desde la fe, sabe enfrentarse al misterio de

Dios, amor infinito, que nos sale al paso en su inevitable oscuridad, en su doloroso silencio. Sin oración personal, la oración comunitaria y las celebraciones litúrgicas tendrán una apoyatura muy frágil en la estructura humana y religiosa del joven.

El discernimiento ha de conducir al joven a un proceso de maduración vocacional. Pero este proceso se malogrará sin la base de un compromiso. Opción vocacional, oración y compromiso están mutuamente condicionados.

La oración es el momento culminante de la fe. Pero debe ser una oración enraizada en la vida concreta, verificada por la decisión de humanizar la realidad mediante compromisos serios. Y el medio para recorrer ese camino es el *proyecto personal* de vida que el/la joven ha de proponerse con plena libertad, consciente de su propia realidad y de la presencia de Dios en su historia. Por su parte, el acompañante le ofrecerá su persona, su experiencia creyente, su cercanía, para poder ir creciendo, según la voluntad de Dios, discernida en la vida de cada día.

La transmisión de los contenidos de la fe

Como indican las encuestas, entre los/las jóvenes de los noventa se da una gran ignorancia religiosa. Además son frecuentes las incoherencias en los contenidos de la fe. Se descubre una tendencia al sincretismo que hace compatible, por ej., la pertenencia a la Iglesia con la aceptación plena de la reencarnación. Es lo que se

ha dado en llamar «cristianismo a la carta». Es evidente que la Iglesia experimenta graves dificultades a la hora de transmitir los contenidos de la fe.

Sin entrar en los problemas que esta situación plantea a la catequesis o en el papel que podría jugar la clase de religión correctamente entendida, importa hacer algunas precisiones fundamentales.

1. En todo planteamiento pastoral debería quedar claro el principio que el Vaticano II denomina *jerarquía de verdades* (*Unitatis Redintegratio*, nº 11). No debemos presentar las verdades como perlas de un collar que pueden ser engarzadas a capricho. La Revelación tiene un centro en el que convergen las restantes verdades de la fe. Dicho principio es hermenéutico: no trata de seleccionar verdades, sino de interpretarlas en relación con el centro trinitario y cristológico de la fe. La conciencia de esta jerarquía de verdades nos debe llevar a mantener la fe en su integridad, con un sentido profundo de la importancia de los diversos contenidos en relación con la salvación del hombre.

Así es posible plantear una táctica pastoral que, teniendo presente la integridad de la fe, sabe exponerla de acuerdo con la situación histórica concreta. A los jóvenes —ellos y ellas— debemos facilitarles el acceso al núcleo experiencial de la fe: a la experiencia única de la salvación que se ha manifestado de forma definitiva e insuperable en Jesucristo. Juntamente hay que des-

pertar su sensibilidad a la infinita misericordia de Dios, que es mediada en la historia por la Iglesia, la comunidad de los que creen en Jesucristo.

2. Sin la Iglesia no es posible la fe cristiana. Pero ¿cómo hacerla plausible a los/las jóvenes de hoy? Habría que ayudarles a no identificar la Iglesia con la jerarquía y a descubrir que ésta tiene una misión ineludible al servicio de la fe.

El/la joven necesita la experiencia directa de las realidades que le conciernen. Por esto el encuentro personal y el diálogo sincero con laicos comprometidos, con sacerdotes y obispos, sería un medio muy eficaz en el acercamiento de los/las jóvenes a la Iglesia. En una atmósfera de sospecha frente a la institución, sólo la relación sincera y abierta con las personas puede disipar prejuicios y brindar posibilidades de comprensión.

Por otra parte, el grupo juvenil de fe se puede convertir en símbolo significativo de la realidad social. Pues los/las jóvenes viven con intensidad su vida de grupo como punto de referencia.

Pero habría que ayudarles a abrirse a la realidad plural y universal de la Iglesia. Sólo si, en el encuentro concreto con sus miembros más representativos, la Iglesia se muestra creíble, podrá ser reconocida y aceptada por los/las jóvenes de hoy.

3. La transmisión de los contenidos de la fe necesita de un lenguaje apropiado. Un mensaje no comprendido produce indiferencia. Las palabras teológicas de «siempre» pueden constituir un obstáculo insalvable para el anuncio de la fe.

Por tanto, fieles a la tarea de traducir los contenidos de la fe en este momento de la historia, con sentido de creatividad y al mismo tiempo de fidelidad a la Revelación, debemos ir elaborando conceptos, lenguajes, relatos, parábolas y símbolos que traduzcan y comuniquen la experiencia cristiana de forma inteligible. Hay que vincular los contenidos de fe con la experiencia humana actual, con las preguntas de los/las jóvenes, con sus inquietudes y con sus demandas de sentido.

Condensó: JORDI CASTILLERO

Jesús fue, sobre todo, un creador de esperanza. Alguien que contagiaba la esperanza que él mismo vivía desde su confianza total en el Padre. La evangelización necesita siempre testigos de esperanza. Creyentes que siguen sembrando esperanza a pesar de todo. Si perdemos la esperanza lo habremos perdido todo. Una pastoral vacía de esperanza es una pastoral incapaz de evangelizar.

J.A. PAGOLA, *Acción pastoral para una nueva evangelización*, Santander, 1991, pág. 62.